

IRRUPCIÓN DE LA LENGUA Y POBLACIÓN RARÁMURI EN CHIHUAHUA

CONJETURAS INTERDISCIPLINARES

ABEL RODRÍGUEZ

“A la memoria del maestro Enrique Servín, incansable promotor de las lenguas y culturas originarias del noroeste de México”.

RESUMEN

Este artículo intenta responder a la siguiente pregunta: ¿dónde pudo haberse originado la lengua rarámuri y desde cuándo los hablantes de esta lengua, también conocidos como tarahumaras, son pobladores del actual estado de Chihuahua? Para ello, el autor conjunta y explora los datos proporcionados por diferentes disciplinas antropológicas e históricas, así como la etnografía. Enmarcado teóricamente en el concepto de *intuición informada*, conjetura y concluye que al menos debemos pensar en tres mil años para hablar de una población prototarahumara muy al norte chihuahuense, y cuya lengua debió desarrollarse y permanecer bastante estable hasta al menos a principios del siglo XIX en la sierra que hoy habita la mayoría de ellos.

Palabras clave: lengua rarámuri, población, Chihuahua, historia.

ABSTRACT

This article tries to answer the question about, where could it have originated Raramuri language and since when, people who speaks this language, also known as Tarahumara, are residents of current Chihuahua state? To this end, the author combines and explores data provided by different anthropological and historical disciplines as well as ethnography. Outlined theoretically in the concept *informed intuition*, conjectures and concludes that at least we should think 3000 years to talk about a prototarahumara population at north of Chihuahua state, whose language should have developed and remain fairly stable until not less than the early nineteenth century in the mountains where today inhabits most of them.

Keywords: rarámuri language, population, Chihuahua, history.

INTRODUCCIÓN

A partir del acercamiento crítico al *Compendio de la Lengua Tarahumara y Guazapar* de Tomás de Guadalajara (Rodríguez, 2010), me interesé por conjuntar los datos de distintas disciplinas que nos aproximan a conocer el tiempo y espacio o espacios de aparición y desarrollo de la lengua y población rarámuri o tarahumara.

La *Gramática Tarahumara* de Tomás de Guadalajara fue impresa en 1683 en Puebla de los Ángeles, pero muy probablemente su autor debió contar con materiales recogidos por otros desde al menos los albores del siglo XVII, tiempo del cual tenemos los primeros registros sobre estas personas conocidas hoy como los “rarámuri”. Hacia 1607, Joan Font, misionero entre los tepehuanes del norte de Durango (González, 1987: p. 178) se encargó precisamente de dejar para la posteridad una maravillosa descripción de los rarámuri de la región de la actual Valleses, en el corazón de la sierra Tarahumara. Dado el tiempo que vivió entre estos grupos, a los que trató de amistar, y entre quienes murió en 1616 durante la rebelión tepehuana, Font debió aprender al menos los primeros rudimentos de estas lenguas y dejar documentos a sus hermanos

de religión. De allí los primeros registros, a partir de los cuales se desarrollaron otros como fue el *Compendio...* de Guadalajara.

Hoy los llamamos tarahumaras y ellos a sí mismos se llaman *rarámuri*, pero el registro de este etnónimo, solo parecido, que es *rarámari*, lo hizo el franciscano Tellechea en su *Gramática Tarahumara* publicada por la Imprenta de la Federación, en México, el año de 1826. De lo anterior surge, pues, el interés por la pregunta sobre dónde pudo haberse originado su lengua y desde cuándo los *rarámuri* son pobladores del actual estado de Chihuahua.

Una primera justificación para intentar responder a la pregunta es conjuntar los datos diseminados que distintas disciplinas antropológicas e históricas nos han ofrecido en su intento de respuesta. Una segunda justificación es que esta conjunción de datos dispersos ofrece, sin duda, ampliar y profundizar nuestra comprensión de la conformación del norte de México como territorio habitado en tiempos prehispánicos y cuyo legado, en pueblos como los *rarámuri*, vive todavía. Sin embargo, debo advertir que la respuesta a la pregunta planteada no puede ser sino una aproximación, una hipótesis, de la que además han de surgir nuevas preguntas.

El itinerario que seguiré aquí, en primer lugar, será exponer algunos datos que ofrecen tanto la arqueología como la lingüística y la etnología, principalmente. En segundo lugar, esbozaré la idea de un *continuum* cultural y lingüístico entre antiguas poblaciones afines a los *rarámuri*; continuidad sugerida a partir de algunos datos arqueológicos y etnográficos comparativos. Finalmente, a modo de hipótesis, expondré algunas conjeturas interdisciplinarias como respuesta tentativa a la pregunta generadora de este artículo.

Estos apartados son, pues, una sugerencia provisional enmarcada teóricamente en el concepto de *intuición informada*. La intuición informada, es un concepto acuñado por Manrique Castañeda, quien plantea que:

[A] partir del análisis de los casos más o menos típicos se propone un tiempo aproximado de 500 años para que un idioma relativamente uniforme se convierta en una lengua diversificada en dialectos cuyos hablantes todavía puedan entenderse entre sí, y unos 500

años más para que los cambios divergentes hagan que, usando sus propias variedades de habla, se pierda la posibilidad de que algunas personas de distintas comunidades logren entenderse, ya que hablarán lenguas distintas (Manrique, 2005: pp. 54-57).

En nuestro caso, la intuición informada solo podría ser vehículo de las conjeturas aquí propuestas sí y solo si nos asimos a los datos que nos ofrecen distintas disciplinas; solo con este recurso podemos referirnos a nuestra intuición informada. Finalmente, la conjetura funciona también como elemento central del punto de vista interpretativo aquí subyacente.

LOS RARÁMURI

Los rarámuri habitan principalmente la Sierra Madre Occidental en la porción correspondiente al estado de Chihuahua. Según cifras del Inegi (2015), actualmente viven unos 73 856 hablantes de la lengua rarámuri y la mayoría de ellos son agricultores, pastores de ganado caprino y vacuno en baja escala, artesanos y jornaleros. Sus principales cultivos y alimentos son la calabaza, la papa, el frijol y el maíz, pero la dieta se complementa con la caza, recolección y pesca (en sitios donde lo permiten ríos y arroyos). Uno de los principales usos que le dan al maíz es para preparar el tescüino, cerveza local empleada en toda reunión comunitaria de trabajo colectivo y las prácticas religiosas. Algunos hombres producen instrumentos musicales, herramientas de trabajo y otros utensilios de madera, mientras que algunas mujeres fabrican cestos, ollas y ropa, cobijas, etcétera, a base de palmilla, barro e hilos o lana. En épocas previas a la siembra y la cosecha, hay quienes se emplean en la recolección de manzana o de tomate, en ranchos menonitas y mestizos, en la construcción de viviendas y hasta como mecánicos, traductores o empleadas domésticas en las cabeceras municipales más pobladas de la sierra o en las principales ciudades del estado de Chihuahua; en la pizca de manzana, especialmente en Ciudad Cuauhtémoc o en la pizca de tomate en Culiacán, Sinaloa.

El primer registro que se tiene de los rarámuri es del jesuita catalán Joan Font, quien en 1607 describió a los “taraumaros” como dóciles al cristianismo (cit. en González, 1982: p. 155; 1987: p. 147). Como entonces, aún hoy estas personas tienen como vecinos a tepehunes, pimas y warijíos. A pesar de que en algunas regiones mantienen fuerte su creencia en *onorúame* (‘el que dicen es padre’, asociado con el sol) y *eyerúame* (‘la que dicen es madre’, asociada con la luna), ellos adoptaron algunas celebraciones católicas como el 12 de diciembre y el 6 de enero,¹ durante las cuales ejecutan danzas que poco tienen que ver con la ortodoxia romana y en las que, particularmente en semana santa, sobresale una “lucha” simbólica entre el bien y el mal. Ellos son también conocidos especialmente por su práctica de las carreras de bola, que llevan a cabo los hombres y de aros, las mujeres. Estas carreras, sobre todo las de hombres, pueden durar hasta un día completo. Un explorador noruego, queriendo encontrar a los últimos *cave dwellers*, describió a los rarámuri de finales del siglo XIX como los corredores de más resistencia en el mundo (Lumholtz, [1902] 1981: p. 297). Y tanto en el siglo XX como más actualmente, los etnógrafos siguen refiriéndose a los rarámuri como los corredores por excelencia (Acuña, 2009: p. 341; Bennett y Zingg [1935] 1978).

ARQUEOLOGÍA, LINGÜÍSTICA Y ETNOLOGÍA

Los estudios arqueológicos en la sierra Tarahumara y en las planicies que conforman el pie de sierra siguen siendo escasos. Por ahora contamos con evidencias de agricultura y poblamiento en la región norteña del estado de Chihuahua como lo sugieren los registros arqueológicos del maíz temprano encontrado en el Cerro Juanaqueña, datado entre el 1350 y el 1100 a. C. (Hard y Roney, 1999: p. 4; 1998: pp. 1661 y 1663; 2006: pp. 127-128; Hard *et al.*, 2009: p. 77). Más recientemente se ha sugerido, por un lado, que el suroeste de Chihuahua estuvo habitado ya desde el periodo medio del Holoceno tardío (MacWilliams *et al.*, 2008: p. 47), es decir, desde alrededor de 4000 a. C., y, por otro lado, que la agri-

¹ Virgen de Guadalupe y Reyes, respectivamente.

cultura del maíz debe haberse practicado en la zona centro-sur del estado, tentativamente, alrededor de 1700 a. C., y, además, que la agricultura dentro de la sierra Tarahumara puede considerarse como practicada al menos hacia 200 a. C. (Hard *et al.*, 2009, p. 79).

Por otra parte, la lingüística ubica el desprendimiento de la lengua rarámuri o tarahumara, del *filum yuto-nahua*, hacia 3500 a. C. (Miller, 1983), clasificando en los años 70 del siglo pasado tres dialectos claramente diferenciados de esta lengua (occidental, oriental y sur). La estimación temporal de Miller se acerca mucho a la de Hill para quien “los hablantes del Proto-Uto-Azteca habitaban muy al norte de la sierra madre occidental y Arizona hace unos 6000 años” (Hill, 1999, p. 8). Por su parte, Fowler sugiere que el actual estado de Arizona (EEUU) fue la ubicación de la lengua rarámuri más prístina. Así lo indica en su mapa de la distribución original de las lenguas yutoaztecas sureñas y sus posibles movimientos, ubicando muy al norte de Chihuahua un proto-tarahumaran (cit. en Valiñas, 2000: p. 202).

Desde otra disciplina, el etnólogo Pennington Campbell, con base en lo dicho por Zingg, Lumholtz y Manje, calcula que los rarámuri deben ubicarse en los valles del actual estado de Chihuahua hace al menos unos 2000 años (Pennington, 1983: p. 276); en otras palabras, su cálculo hace coincidir lo que va de la era cristiana con la residencia rarámuri en territorio chihuahuense. No obstante, se ha estimado ya que, cerca de los valles de Chihuahua (Laguna de Bustillos), la cerámica ofrece datos para creer que este territorio ya estaba habitado hace al menos 1000 años a. C. (MacWilliams, 2001: pp. 18, 21, 60, 73, 87 y 225); a saber, 3000 años antes del presente. Y de acuerdo con arqueólogos mexicanos, muy probablemente aquellos pobladores conformaban ya comunidades de antiguos rarámuri (Tobías García Vilchis, comunicación personal); y como sugieren Merrill y Burguess (2014), quienes aceptan los datos de MacWilliams, es plausible que se tratara de hablantes de un proto-tarahumaran.

Los datos arriba mencionados rechazan la argumentación que sugiera menos de 3000 años para la irrupción de la lengua y la

población tarahumara en el actual estado de Chihuahua como la hecha por Fowler rechazada a su vez por Wilcox.

Fowler (1983) argues that Tarahumara speakers moved into Southwest Chihuahua approximately 1500 years ago, from somewhere around the headwaters of the Gila River in New Mexico or Arizona. Her argument is based on comparisons of Taracahitan ecological names. However, the Varohio have upland and lowland dialects, while Tarahumara is divided into major east and west dialects (Wilcox, 1986:121). This differentiation implies a more enduring Tarahumara presence in Western Chihuahua (cit. en MacWilliams, 2001: p. 118).

Como se puede ver, con base en la comparación de nombres de flora y fauna en lenguas taracahitas, Fowler afirma que los hablantes rarámuri no tendrían más de 1500 años de presencia en el suroeste de Chihuahua. Sin embargo, Wilcox señala que la existencia de las diversas variantes de esta lengua, más allá de considerar solamente las de las tierras altas y bajas, indican por sí mismas mucho más tiempo que el sugerido por Fowler.

CONTINUUM CULTURAL Y LINGÜÍSTICO

Ahora bien, dada su pertenencia a un tronco común, la lengua rarámuri debió compartir espacios y tiempos con otras lenguas afines. De este modo, sabemos que del *macro* o *filum yuto-nahua* derivaron varias familias lingüísticas, entre otras, la tepima y la taracahita. De esta última han desaparecido ya algunas lenguas como el eudeve y el tehueco (Schumann, 2000: pp. 237-265). No obstante, todavía quedan algunas taracahitas vivas como el mayo,² el yaqui,³ el guarijío⁴ y el tarahumara cuyas lenguas y territorios habitados, aún hoy, sugieren un sustrato histórico común.

2 Con unos 42 601 hablantes de tres años y más en la actualidad (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2015).

3 Con unos 20 340 hablantes de tres años y más (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2015).

4 Con unos 2088 hablantes de tres años y más (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2015).

Por un lado, de acuerdo con Carpenter *et al.*, el cálculo de la llegada de poblaciones yuto-azteca al suroeste de los Estados Unidos y al noroeste de México debe ser aproximado alrededor del 3500 y el 1500 a. C. (2001: p. 367). Entre los grupos mencionados, como probablemente incluidos en el continuo lingüístico en ese tiempo y territorio se encuentran los anazasi (*idem*), una de las culturas “canasteras” del suroeste de los Estados Unidos. Por otro lado, de acuerdo con Braniff (2004: pp. 179-202), la *cerámica doméstica corrugada* fue un elemento que utilizó la mayoría de las culturas, desde los anazasi al norte hasta Casas Grandes (Chihuahua) al sur, donde se empleó hasta antes del 1200 d. C. Esta tradición de elementos (canastas y cerámica corrugada) resulta relevante porque, con base en la cestería encontrada en la región central de la sierra Tarahumara, en 1931 Zingg afirmó que los rarámuri habían vivido una etapa también “canastera”, incluso semejante a la pima-pápago antigua (Bennett y Zingg, 1986: p. 166).

Aun cuando sabemos que es discutible la relación lengua y cultura, podemos afirmar que los grupos mencionados hasta aquí pertenecen al mismo tronco lingüístico *yuto-nahua*, el cual sugiere, además, un *continuum*, aunque no precisamente cultural, sí de poblaciones muy similares entre ellas.

Si bien, también la relación tepalcate⁵ y etnia es muy discutible, y por consiguiente, con la lengua (Valiñas, 2000: pp. 175-176), los datos no dejan de sugerirnos una posible relación lingüística y muy probablemente cultural entre los antiguos rarámuri y los anazasi cuyo enlace, acaso, pudieran ser los hopi incluidos por los lingüistas (Valiñas, 2000; Dakin, 2004) en la corriente norteña *yuto-nahua*.

A modo de muestra, entre rarámuri y hopi, la lengua sugiere un sustrato histórico común. En ambas lenguas, por ejemplo, el término *anayáwari* (antiguos) lo podríamos considerar como un cognado sugerente. Entre los primeros, el término *anayáwari* hace referencia a los antiguos rarámuri, y su radical *ana-* coincide con el radical del término *anazasi* que, entre los hopi, e incluso entre los zuñi actuales, es empleado para referirse también a los ancestros

⁵ Restos arqueológicos de barro y cerámica.

o antiguos. Se trata en estos casos de un término culturalmente relevante y arcaico, referido a las personas que vivieron tiempo atrás respecto de las generaciones actuales. Es evidente que un análisis lingüístico profundo nos permitiría saber si ambos términos, *ana-yáwari* y *ana-zasi*, forman parte de una línea de cognados como parece sugerir su radical.⁶ No se trata de un simple término elegido al azar, sino de uno que remite a relaciones históricas, similares en ambos casos, y que tiene que ver con una consideración (explícita a los ancestros) muy prolongada en el tiempo. No faltan las similitudes, además, en el vocabulario considerado tanto para algunos pronombres, como verbos, sufijos o prefijos usados para algunas partes del cuerpo, y la flora y fauna, que representan evidencia mayor de una posible continuidad entre las lenguas y poblaciones hopi *-yuto-nahua* septentrional- y rarámuri *-tarachita-* (véase tabla 1).

Tabla 1⁷

Hopi	Rarámuri	Español
Sööno	Suunú	Maíz
Tamá	Tamé	Dientes
Ni	Ne/ni	Yo
Sowí	Rowí	Conejo
Tiwá	Riwá	Ver
Wari	Wariná	Correr
Mooki	Mukú	Morir
Paki	Patzá	Entrar (a un sitio cerrado)
Anazasi	Anayáwari	Ancestros/antiguos

AMPLIACIÓN TEÓRICA Y ETNOGRAFÍA

6 Los lingüistas emplean un método para identificar las relaciones entre distintas lenguas. Examinan las palabras empleadas que pueden referirse lo más precisamente a las mismas plantas, partes del cuerpo, los mismos animales, objetos materiales, colores y/o parentesco. Gracias a este método comparativo los lingüistas son capaces de encontrar relaciones históricas entre distintas lenguas y así dan forma, por ejemplo, a las familias lingüísticas.

7 El vocabulario *hopi* ha sido tomado de Laverne (1968) y el *rarámuri* de Brambila (1976), así como de mis registros de campo.

Ahora bien, la *intuición informada* de Manrique Castañeda (2005) podría complementarse si tomamos en cuenta la técnica creada por Swadesh llamada glotocronología. Esta técnica ha dado cuenta de que tanto el préstamo como los cambios internos traen como resultado que cerca del 14 % de la mayoría de las palabras básicas del vocabulario de una lengua se renueven cada 1000 años (Harris, 2007: p. 29). Sin embargo, de acuerdo con los críticos que se han opuesto a la técnica mencionada debemos considerar como mucho menor el porcentaje de cambios en una lengua al cabo de mil años, porque los cambios que puede sufrir una lengua son relativos al contexto de interacción con hablantes de otras lenguas.⁸ Esto indicaría que los hablantes de una lengua común que se hayan escindido en dos comunidades distintas, al cabo de diez centurias no hablarían dos lenguas claramente diferentes, sino que podrían hablar dos variantes de una misma lengua incluso entendibles entre sí. Es lo que ha ocurrido muy probablemente a lo largo de la historia con la lengua rarámuri, pues así lo sugieren sus distintas variantes dialectales, algunas de estas comprensibles entre sí.

Hoy en día ha quedado atrás la clasificación de Miller arriba señalada. Actualmente, existe un registro de cinco variantes dialectales entre los rarámuri: oeste, norte, cumbre, centro y sur, y además cuatro zonas de transición. Las diferencias en estas cinco variantes dialectales se notan, más o menos, en los tres niveles que estudia la lingüística: el fonológico, morfológico y lexicológico (Valiñas, 2001: pp. 115-117; 2002: pp. 259-261). Y, más recientemente, a través de un análisis de la terminología del sistema de parentesco rarámuri, Merrill y Burgess (2014: p. 231) han sugerido el nombre de “interior” al dialecto que Valiñas llamó “cumbre”.

8 Al parecer, lo que quería Swadesh, con base en la comparación de vocabularios básicos universales, era crear un método que permitiera fechar de manera precisa las separaciones lingüísticas tal como hacen los métodos arqueológicos con los restos materiales. Sin embargo, una de las principales críticas que se le hicieron es que es imposible determinar un vocabulario básico universal y libre de toda determinación cultural. Como se ha señalado, lo que parece ocurrir con frecuencia es que aquello considerado “básico” en las listas de Swadesh puede aparecer también “como prestado [...] Y no solo en lenguas dominadas, como cabría esperar, sino también en lenguas europeas como el inglés” (Zariquiey, 2005, p. 264).

De acuerdo con nuestros presupuestos teóricos y siguiendo cierta lógica indicada por estos, que nos sugieren considerar 1000 años por variante, ¿podríamos hablar de al menos 5000 años de antigüedad de la lengua rarámuri en el actual territorio de Chihuahua, dadas las cinco variantes claramente diferenciadas? Es probable, aunque mi propia experiencia etnográfica me indica que, si bien existe dificultad en la comprensión de unos y otros, de los más alejados entre sí (sur y norte, Chinatú y Naráachi, por ejemplo) al cabo de un tiempo algunos hablantes (no todos, pues también hay condicionantes individuales y sociales) logran entenderse suficientemente bien hablando cada uno su propia variante. Así lo he observado y escuchado, y me lo han hecho saber algunos rarámuri de distintas regiones en las reuniones de autoridades indígenas que ha promovido la Diócesis de la Tarahumara entre abril y mayo de cada año desde 1995 a la fecha, reuniones llevadas a cabo en Sisoguichi, Chihuahua, y a las que he asistido en cinco ocasiones (2000, 2001, 2002, 2006 y 2009). Asimismo, en 2002, en Tewelichi (variante norte), estuve presente durante una visita de un grupo de rarómuri de la región de Cerocahui, en concreto de San José del Pinal. En esa ocasión se preparó tesgüino para los visitantes y uno de los organizadores, el sacerdote jesuita Javier Campos, celebró misa en la variante del oeste. En todo momento observé bastante comprensión de unos y otros hablantes de ambas variantes, suficiente como para llevar a cabo el rito en común y la convivencia posterior. Esto sin negar que hay casos en los que algunos hablantes de una variante me decían no comprender nada de la otra variante y, sin embargo, mostrar comprensión a la hora de escucharse unos a otros.

¿Qué puede significar esto? Que sería erróneo considerar mil años por cada variante dialectal ya que la clara comprensión entre hablantes de distintas variantes así lo sugiere. En otro momento pude observar cómo algunos habitantes de Naráachi comprendían bien a los de Yoquibo de Guachochi, por ejemplo (variantes norte y centro).

Sin embargo, para determinar cuánto tiempo ha transcurrido entre la formación de una y otras variantes de la lengua rarámuri,

según la técnica de Swadesh, todavía faltaría hacer un estudio que diera cuenta del porcentaje de similitud y diferencias en el vocabulario básico de estas. Hoy en día nos hace falta ampliar los estudios en el nivel lexicológico para comprender el grado de diversificación entre las distintas variantes.

Por otro lado, a pesar del registro de las cinco variantes y las cuatro zonas de transición, zonas en que surgen nuevas variantes como son, por ejemplo, Panalachi en el norte y Redondeados en el sur, Merrill y Burgess han propuesto la hipótesis de que el prototarahumarano se habló hasta muy recientemente sin mayores variantes dialectales. Estos autores sugieren que la irrupción europea, y sobre todo, el poblamiento no indígena creó huecos en la comunidad hablante de la lengua originaria. Según estos autores, esto se debió “al poblamiento mestizo creciente sobre todo hacia la segunda mitad del siglo XIX con el auge minero y maderero y, por supuesto, la entrada del tren que arribó a Creel hacia 1907” (Merrill y Burgess, 2014: p. 272).

We suspect that the social disruption caused by these developments contributed to the formation of a series of smaller interaction spheres within the Tarahumara speech community which, in turn, created the contexts within which greater dialectal differences and diversity in kinship terminological systems could have emerged (ídem).

Aunque el estudio que hacen estos autores es específicamente sobre la terminología del sistema de parentesco, 200 años (siglos XIX y XX) parecen muy poco tiempo para diversificar una lengua como lo está hoy en día la lengua rarámuri. Sin embargo, un somero estudio comparativo de términos rarámuri registrados en la primera década del siglo XX con los registrados en el XVII por Tomás de Guadalajara (Rodríguez, 2010: pp. 278-331) sugiere que Merrill y Burgess podrían tener razón. La discusión sigue abierta.

NOTA FINAL: CONJETURAS INTERDISCIPLINARES

Retomando nuestra pregunta inicial de dónde pudo haberse originado la lengua rarámuri y desde cuándo los rarámuri son pobladores del actual estado de Chihuahua, los datos disponibles apuntan a las siguientes conjeturas.

Por su pertenencia al *filum yuto-nahua*, las estimaciones cronológicas del origen de la lengua de los rarámuri, así como el espacio de su aparición, probablemente guardan relación con las estimaciones de la llegada de poblaciones al suroeste de los Estados Unidos y al noroeste de México. Es decir, un prototarahumara pudo tener sus orígenes probablemente en el sur de Arizona, o bien, en el norte del actual estado de Chihuahua como lo sugieren también los hallazgos del maíz temprano y, en general, las estimaciones arqueológicas de la agricultura e incluso los hallazgos de cerámica en los valles a pie de sierra. Recordemos que al momento de los primeros contactos, los rarámuri vivían en los valles de entre Cusihuirachi —cerca de Carichí—, y Papigochi, hoy Ciudad Guerrero (González Rodríguez, 1987).

Por otro lado, las variantes dialectales y áreas de transición actuales existentes en la sierra Tarahumara permiten también suponer que la presencia de la lengua y población rarámuri puede ubicarse en el actual territorio del estado de Chihuahua hace entre 3000 y 3500 años. Así también lo sugiere la presencia de la agricultura al sur del estado. Además, es altamente probable que la agricultura se haya practicado en la región serrana ya desde hace al menos unos 2300 años y que, dado el número de variantes dialectales vigentes, se pueda considerar un poco más de tiempo para el advenimiento de los primeros pobladores predecesores de los rarámuri serranos actuales, lo que debió ocurrir hace alrededor de 3000 años. De acuerdo con los datos proporcionados por la lingüística antropológica, esta lengua debió ser bastante estable, quizá, hasta finales del siglo XIX. Y resulta por demás interesante que Lumholtz haya grabado algo de esta en cilindros de cera, en 1898 (Lira, 2017: p. 213).

Por diversas razones (periodo Altitermal o sequías esporádicas, búsqueda de mejores tierras, nomadismo, etcétera), entre las distintas migraciones del suroeste de los Estados Unidos hacia el noroeste mexicano, algunos grupos se establecieron y conformaron identidades culturales distintas en el área de lo que hoy es territorio chihuahuense (*o'óba*, *o'odam*, *warijós*, *rarámuri*, etcétera). A uno de estos grupos lo registró por primera vez en 1607 un misionero catalán quien los llamó los *tarumaros*. Más tarde, en los valles entre lo que hoy son Cusihuiríachi y ciudad Guerrero, el encuentro entre españoles y antiguos rarámuri traería como consecuencia la primera sublevación de este grupo entre 1648 y 1652 siendo Teporaka el líder de aquella rebelión (González, 1993). Pero no fue sino hacia 1683 que se publicó la primera *Gramática de la lengua tarahumara y guazapar* (Rodríguez, 2010), primer escrito que registró ampliamente la lengua de los rarámuri coloniales.

Bajo la perspectiva de mis conjeturas y los datos en que se fundan (*intuición informada*), se abren nuevas interrogantes. Sabemos bien que el teocintle (planta precedente del maíz doméstico) se ha encontrado en el municipio de Guadalupe y Calvo, sur de Chihuahua (Lumholtz, [1902] 1981: pp. 417-418). Recientemente, se ha afirmado que la especie de teocintle *Z. mays ssp. mexicana* —existente en Nabogame, Chihuahua— contribuyó a la diversificación del maíz de la Mesa Central mexicana (Bedoya, 2010: p. 33). Surgen entonces las siguientes preguntas: ¿Fueron antiguos rarámuri o tepehuanes (*o'odam*) quienes domesticaron el maíz que los arqueólogos han encontrado actualmente en el centro-sur de la región serrana de Chihuahua, o bien, esta semilla se difundió desde Mesoamérica por migración o difusión, como se ha dado por hecho?, ¿fue la agricultura una práctica llevada a cabo por antiguos pobladores en la región serrana y pie de sierra de manera independiente o, fue una introducción desde la mesa central de México? La relevancia en determinar si poblaciones rarámuri o tepehuanes antiguas produjeron agricultura de manera independiente a Mesoamérica, radica en que se podrían impulsar nuevas investigaciones enfocadas en señalar otro tipo de producciones independientes y particulares del norte de México.

Por lo tanto, hoy en día nos queda la tarea y necesidad de impulsar y promover los estudios interdisciplinarios históricos, lingüísticos, arqueológicos y antropológicos (sociales y físicos) que nos ayuden a entender la conformación del pasado que sin duda repercute en el presente del gran norte de México.

REFERENCIAS

- Acuña, A. (2009). Usos del cuerpo en la construcción de la persona rarámuri (Chihuahua, México). *Gazeta de Antropología*, 2(25), artículo 36. Recuperado el 4 de febrero de 2016 en: <http://hdl.handle.net/10481/6913>.
- Bedoya, A., y Chávez Tovar, V. H. (2010). Teocintle: el ancestro del maíz. *Claridades Agropecuarias*, 201, 32-42. Recuperado el 9 de enero de 2018 en: <file:///C:/Users/Usuario/Desktop/TEOCINTLE.pdf>.
- Bennett, W. y Zingg, R. (1986). *Los Tarahumaras. Una tribu india del Norte de México*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- Brambila, D. (1976). *Diccionario rarámuri-castellano*, México: Obra Nacional de la Buena Prensa.
- Braniff, B. (2004). Lingüística yuto-nahua y arqueología. En Salas, H. y Pérez Taylor, R. (eds.), *Desiertos y fronteras, El Norte de México y otros contextos culturales (179-202)*, V coloquio Paul Kirchhoff, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.
- Carpenter, J. et al. (2001). La arqueología de los grupos yutoaztecas tempranos. En Moctezuma Zamarrón, J. L. y Hill J. H. (eds.), *Avances y balances de lenguas yutoaztecas (359-373)*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Dakin, K. (2004). Prólogo. En Estrada Fernández, Z., Buitimea Valenzuela, C., Gurrola Camacho, A. E., Castillo Celaya, M. E. y Carlón Flores, A. (eds.), *Diccionario yaqui-español y textos, obra de preservación lingüística (13-20)*, México: Universidad de Sonora.

- González Rodríguez, L. (1982). *Tarahumara, la Sierra y el Hombre*, México: Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica.
- González Rodríguez, L. (1987). *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, México: SEP.
- González Rodríguez, L. (1993). *El Noroeste Novohispano en la Época Colonial*, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas/UNAM/Porrúa.
- Guadalajara, T. (1683). *Compendio del arte de la lengua de los tarahumares y guazapares*, con Licencia en Puebla de los Ángeles por Diego Fernández de León (36 folios completos).
- Hard, R. y John R. (2006). Cerros de trincheras y el cultivo del maíz en el noroeste de Chihuahua. En Bonfigliani, C., Gutiérrez A. y Olavarría, M. A. (eds.), *Las vías del noroeste I: Una macrorregión indígena americana* (113-132), México: IIA-UNAM.
- Hard, R. y Roney, J. (1998). A Massive Terraced Village Complex in Chihuahua, Mexico, 3000 Years Before Present. *SIENCE*, 279, 1661-1664.
- Hard, R. y John R. (1999). Cerro Juanaqueña. *Arqueology Southwest*, 13(1), 4-5.
- Hard, R. J., MacWilliams, A. C., Roney, J. R., Adams, K. R., y Merrill, W. L. (2009). Early Agriculture in Chihuahua, Mexico. En Staller, J. E., Tykot, R. H., y Benz, B. F. (eds.), *Histories of Maize Mesoamerica: Multidisciplinary Approaches* (70-85). California, EUA: Left Coast Press.
- Harris, M. (2007). *Antropología Cultural*, México: Alianza Editorial.
- Hill, J. (1999). Linguistics. *Arqueology Southwest*, 13(1), 8.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015). *Encuesta Intercensal*. Recuperado el 14 de febrero de 2017, de http://cuentame.inegi.org.mx/hipertexto/todas_lenguas.htm. Última consulta:
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2011). *Tabulados básicos de los Estados Unidos Mexicanos, Censo General de Población y Vivienda 2010*. Recuperado el 19 de agosto de 2011 de: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/TabuladosBasicos/Default.aspx?c=27303&s=est>.

- Laverne Masayesva, J. (1968). *Aspects of Hopi Grammar*. (Tesis doctoral). Philosophy Northern Arizona University, Arizona, EUA.
- Lira Larios, R. (2017). Los cilindros de cera grabados por Carl Lumholtz en 1898. *Indiana* 34(2), 211-232.
- Lumholtz, C. ([1902] 1981). *El México desconocido* (vol. I), México: Programa Editorial del Ayuntamiento de Chihuahua.
- MacWilliams, A. (2001). *The Archaeology of Laguna Bustillos Basin, Chihuahua, México*. (Tesis doctoral). The University of Arizona, Arizona, EUA.
- MacWilliams, A. et al. (2008). The Setting of early agriculture in Southern Chihuahua. En Webster, L. D., McBrinn, M. E. y Gamboa Carrera, E. (eds.), *Archaeology without Borders: Contact, Commerce, and Change in the U.S. Southwest and Northwestern Mexico* (35-54), Colorado: University Press of Colorado.
- Manrique C. (2005). Lingüística y Arqueología. *Arqueología Mexicana*, 12(70), 54-57.
- Merrill, W. y Burgess, D. (2014). Ralámuli Kinship Terminology: A Diachronic Perspective on Diversity in the Sierra Tarahumara of Northwestern Mexico. *Anthropological Linguistics*, 56(3/4), 229-293.
- Miller, W. (1983). Uto-Aztecan languages. En Ortiz, A. (ed.), *Handbook of North American Indians* (113-124), Washington: Smithsonian Institution.
- Pennington, C. (1983). Tarahumara in Southwest. en Ortiz, A. (ed.) *Handbook of North American Indians* (276-289), Washington: Smithsonian Institution.
- Rodríguez, A. (2010). *Gramática Tarahumara. Edición crítica a la Gramática Tarahumara de Thomas de Guadalaxara publicada en 1683*, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Chihuahua, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Chihuahuense de la Cultura.
- Schumann, O. (2000). Movimientos lingüísticos en el Norte de México. En Hers, M. A., Mirafuentes, J. L., Dolores Soto, M. y Vallebuena, M. (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de*

- México, homenaje a Beatriz Braniff* (169-174), México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Estéticas e Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Tellechea, M. (1826). *Compendio gramatical para la inteligencia del idioma tarahumar*, México: Imprenta de la Federación en Palacio.
- Valiñas, L. (2000). Lo que la lingüística Yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del Norte de México. En Hers, M.A., Mirafuentes, J. L., Dolores Soto, M. y Vallebuena, M. (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de México, homenaje a Beatriz Braniff* (175-205), México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Valiñas, L. (2001). Lengua, dialectos e identidad étnica en la sierra Tarahumara. En Molinari Medina, C. y Porras, E. (coords.), *Identidad étnica en la sierra Tarahumara* (105-125), México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Valiñas, L. (2002). Reflexiones en torno a las lenguas guazapar y tarahumara coloniales. *Anales de antropología*, 36, 249-282.
- Wolf, P. (2001). Eudeve and Opata: A Reassessment of their classification. En Moctezuma, J. L. y Hill, J. H. (eds.), *Avances y balances de lenguas yutoaztecas* (237-265), México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Zariquiey Biondi, R. (2005). Los riesgos de la glotocronología. Reflexiones desde la familia uro-chipaya. *Lexis* 29(2), 259-284.